

El boom de lo narco: más que una representación estética y cultural¹

Ainhoa Vásquez Mejías
Ingrid Urgelles Latorre
Danilo Santos López

Hace casi diez años con Danilo Santos e Ingrid Urgelles nos juntamos en un café a preparar lo que sería nuestro primer Fondecyt. Nos interesaba la literatura colombiana y mexicana, en especial, todas esas manifestaciones que propiciaban definirla como una rama de las narrativas de la violencia. Narconarrativas, narcoliteraturas, narcoestéticas, novelas del sicariato o narrativas del crimen organizado eran conceptos que parecían ser una misma cosa. En esa confusión conceptual, y frente a tanta indefinición, lo narco se convertía en todo y nada a la vez. Nuestra única claridad es que estaban mediadas por la violencia, el narcotráfico y la crítica política, y eso era lo que nos motivaba analizar. Ahí empezó nuestra obsesión por la terminología y las tipologías.

En esta primera etapa tratamos de entender y definir ciertos conceptos, porque en medio de tantos narco-productos lo fácil era insertar todo en una misma cajita, pero no estábamos conformes con eso. También estábamos muy conscientes del fenómeno editorial inusitado que representaba esta literatura, y apostamos a que se convertiría en un nuevo boom latinoamericano y que, por supuesto, llegaría a Chile y sus ficciones. El realismo mágico se iba a convertir en un realismo bélico que inundaría las librerías de nuestro continente y de Europa, y queríamos estar preparadas para enfrentar esta avalancha. Entonces, definimos.

Sobre la base de lo que se entendía por literatura del narcotráfico en Colombia y México –y sus múltiples variantes conceptuales– comenzamos por establecer rasgos comunes en esta narrativa. Para armar una incipiente tipología usamos literatura, cine, series de televisión y música, porque los elementos se repetían en todos estos productos. Nos resultó un catastro de particularidades de eso que podíamos denominar como narrativas del narcotráfico o narcoficciones, entre las que destacamos un realismo gore (completamente opuesto al realismo mágico); una estética del lujo y la ostentación (lo que hoy entendemos por narcoestética); la representación de Estados ineficientes, apáticos o, de plano, criminales, incapaces de enfrentar el problema del narcotráfico; un pacto

1 Este dossier forma parte del proyecto Fondecyt N° 1220316 «El relato narcoandino: narrativas del narcotráfico en la triple frontera de Chile, Perú y Bolivia».

ambiguo con quienes las leían, ambiguo en el sentido de que frente a tanta realidad era difícil definir si lo que leíamos era ficción o crónica. Algunas de estas características las encontramos también en novelas, series y películas chilenas, como las primeras novelas de Boris Quercia o la popular serie *Prófugos*, transmitida por HBO. Con esto en mente nos arriesgamos a proponer un segundo Fondecyt plenamente chileno.

A los pocos años Chile también sucumbió al narcoboom. Proliferó mucha literatura, más series, las telenovelas nocturnas hicieron eco de este fenómeno, la narcomúsica empezó a escucharse en cada esquina. Y para nosotras esto tomó forma no ya de un catastro de rasgos comunes, sino que de una tipología naratológica muy clara. Empezamos a leer teoría y nos volvimos estructuralistas. Pimentel, Genette, Todorov, Barthes fueron nuestros pilares. Esto nos permitió asegurar que sí existe la narcoliteratura, que no es solamente un boom editorial, sino que estamos ante un nuevo género literario. Esto implica, por ejemplo, que hay un espacio, tiempo, personajes y narradores estables; temas, acciones y motivos que se repiten en cada una de estas narrativas. La narcoliteratura chilena era ya, igualmente, una realidad sólida, con autores dedicados a cultivar el género, como el mismo Boris Quercia, Benedicto Cerdá, Mario Silva Mera y Rodrigo Ramos Bañados.

A la par de este auge literario y audiovisual, lamentablemente en Chile también se empezó a hablar con mayor frecuencia del narcotráfico y la narcocultura. Nos dimos cuenta de que en nuestro afán clasificador habíamos olvidado algo importante, que era definir con mayor precisión qué es la narcocultura. En muchos de nuestros artículos la asociábamos a los productos culturales ficcionales en torno al narcotráfico y la realidad chilena nos había alcanzado. Claramente no estábamos hablando de lo mismo que empezaba a ser portada de diarios y a ocupar espacio importante en los noticiarios. No eran lo mismo las novelas o películas sobre el narco, que los narcofunerales, los narcomausoleos o los fuegos artificiales que se volvieron noticia diaria. La conclusión lógica es que había que definir: no es igual la narcocultura que las narcoficciones.

Hemos sido enfáticas en múltiples ocasiones respecto a esto porque nos parece fundamental dividir y entender de qué hablamos en cada caso. La narcocultura es, como su nombre lo indica, la cultura que se produce en el seno de los grupos criminales. Es su modo de habitar el mundo, su ecosistema, sus costumbres, sus ritos, su forma de amenazar o de mostrar triunfos, sus celebraciones, sus creencias. La narcocultura es lo que se produce en el narcomundo y va dirigida a quienes se desenvuelven en él. Esto ha propiciado que se generen narcoficciones, inspiradas en esta narcocultura, pero que no son parte del mundo criminal. Narcoficciones tenemos por cantidad en literatura, cine, series, música, artes visuales, sin embargo, son creadas por personas que ninguna vinculación tienen con el narcomundo. Hoy, en un contexto problemático, en que el narcotráfico es una dificultad real, es indispensable saber qué tenemos que combatir. Ir tras las ficciones no soluciona nada, al contrario, desvía la atención de lo verdaderamente urgente.

Las narcoficciones tienen mucho que aportarnos de diversas maneras, tal como lo demuestra este dossier. Hemos tenido la fortuna de contar con académicas y académicos

críticos, lúcidos y comprometidos, que en lugar de desechar el estudio de lo narco o enfrentarse a estas producciones de modo prejuicioso, lo han hecho de formas inteligentes y analíticas. Este dossier da cuenta de este recorrido por las conceptualizaciones, por el boom que ha significado como industria editorial el abordaje de este tema, por la internacionalización que ha tenido en estos últimos años. Partimos con textos teóricos de Hermann Herlinghaus, América Becerra y Alejandra Olvera, quienes aportan conceptos y horizontes críticos en torno a la narcoliteratura, narcoficciones y narcocultura. Posteriormente, abordamos el narcocine en textos de Gabrielle Pannetier, Anaís Ornelas y el que escribimos con Ingrid Urgelles. Finalmente, entregamos un panorama de esta narrativa como fenómeno mundial, que permite dimensionar este boom, gracias a los textos de Alberto Fonseca y Carlos Soler, así como el de Adriana Sara Jastrzębska, que analizan narcoliteratura colombiana; Felipe Oliver Fuentes Krafczyk, narcoficciones gallegas; y Danilo Santos y Paula Libuy, quienes trabajan narcoliteraturas de Perú, Bolivia y Chile, las que, por cierto, son parte de nuestro tercer Fondecyt «El relato narcoandino: narrativas del narcotráfico en la triple frontera de Chile, Perú y Bolivia».

Agradecemos profundamente la generosidad, dedicación y compromiso del equipo editorial de *Aisthesis*, principalmente a Oscar Ariel Cabezas y Laura Marinho Montero, que siguieron el proceso de cerca y nos apoyaron en todo momento. Y, por supuesto, a las y los colaboradores de este dossier, porque sin ustedes, sin el constante intercambio intelectual, sin estas conversaciones que hemos llevado por años y su disposición incondicional a participar con nosotras, esto no hubiera sido posible.